

HOMILIA EN LA LITURGIA DE APERTURA

Génesis 12,1-4
Romanos 12,1-3
Juan 17,18-21

Martes, 3 de agosto de 1993
Catedral de Santiago de Compostela

Hoy empezamos con la oración la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución. Emprendemos una nueva etapa en el camino hacia la unidad a la cual Jesucristo llama a sus discípulos. En esta conferencia vamos a reflexionar sobre la llamada salvífica de Cristo y nuestras esperanzas en responder a ella bajo el específico tema «Hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio». Esto lo hacemos en la ciudad de Santiago de Compostela, famosa por las peregrinaciones, con la esperanza de que nuestra peregrinación hacia la unidad sea bendecida.

Nos encontramos en un mundo lleno de inquietudes. Las armas de destrucción siguen resonando en Europa y en otras partes. Los trágicos conflictos hacia los cuales los seres humanos caen, o en los cuales ellos mismos se encuentran, siguen conduciendo al derramamiento de sangre y a la pérdida de muchas vidas en diversos lugares del mundo. Estos trágicos acontecimientos contrastan duramente con la visión de la bendición vista por Abrahán, cuando Dios le llamó y le dijo: «Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra» (Gn 12,3).

A este mundo en conflicto, los cristianos somos llamados a aportar el Evangelio de la salvación de Cristo, la paz de

Cristo que el mundo no puede dar. Los ecumenistas cristianos, y el Movimiento ecuménico en particular, tienen que ser capaces de comunicar al mundo un profundo testimonio y una experiencia de reconciliación porque la reconciliación está en el corazón mismo del esfuerzo ecuménico.

NECESIDAD DE CONVERSION

En la carta a los Romanos, capítulo 12, el Apóstol exhorta a la conversión, a la *metanoia*: «No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rom 12,2).

Estas palabras son muy indicadas para nuestra sesión. Quisiera sugerir que una de las claves del éxito de esta Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución estará en relación con el grado de *metanoia* que ella engendre en nosotros.

La Conferencia tratará materias teológicas de acuerdo con los resultados de los estudios. Podremos alegrarnos del progreso alcanzado en los últimos decenios desde la Cuarta Conferencia Mundial, celebrada en Montreal el año 1963, y lamentar los obstáculos que todavía impiden la unidad de los cristianos. También se discutirán las indicaciones futuras del Movimiento ecuménico.

Pero por encima de todo esta reunión tendrá un resultado positivo si es una experiencia de conversión. Durante estos días en Santiago de Compostela necesitamos tener un espíritu de oración y de apertura a la gracia salvífica de Dios, una actitud de penitencia por la parte que tenemos en el hecho que continúen las divisiones entre los cristianos o en la creación de nuevos obstáculos; un espíritu de *metanoia* que permita a Dios transformar nuestras mentes y corazones para corresponder a la voluntad de Cristo para la unidad de sus discípulos. Necesitamos ser transformados «por la renovación de nuestras mentes» de tal modo que podamos discernir los nuevos pasos hacia la unidad que deben ser tomados ahora para responder a la oración de Nuestro Señor, oración pronunciada antes de su pasión y muerte: «que todos sean uno ... para que el mundo pueda creer» (Jn 17,21).

La invitación a esta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, por consiguiente, debe ser considerada ante todo como una invitación a la *metanoia*, a una renovación espiritual de nuestras mentes y corazones, renovación necesaria para el progreso ecuménico.

UNA HERENCIA COMPARTIDA DE GRACIA

En segundo lugar, el Movimiento ecuménico que nos ha llevado hasta aquí es un movimiento conducido por la gracia. Nuestra responsabilidad para buscar la unidad cristiana, además, viene de una profunda exigencia espiritual arraigada en la gracia de Dios. Ésta es una profunda herencia que nosotros compartimos.

El Movimiento ecuménico es un desarrollo de la historia moderna y un aspecto particular de la historia de la Iglesia. Más todavía, es el resultado de la gracia de Dios. El Decreto sobre el Ecumenismo del Concilio Vaticano II había acerca del Movimiento ecuménico en términos de gracia. «El Señor de los siglos —dice— que sabia y pacientemente continúa el propósito de su gracia sobre nosotros pecadores, ha empezado recientemente a infundir con mayor abundancia en los cristianos desunidos entre sí el arrepentimiento y es deseo de la unión» (*Unitatis Redintegratio*, n. 1). El Decreto describe el creciente movimiento para el restablecimiento de la unidad de los cristianos como «fomentado por la gracia del Espíritu Santo» (UR, n.1).

Quienes estamos participando en esta Conferencia Mundial compartimos una común herencia de gracia. Esta herencia toma su forma más próxima a través del movimiento ecuménico moderno en el cual luchamos, en la alegría y en el dolor, para responder a la oración del Señor Jesús «que todos sean uno» (Jn 17,21). Pero existen raíces más remotas y profundas en la misma historia de la salvación. El significado de esta Quinta Conferencia Mundial relaciona ambos aspectos de esta herencia de gracia.

El tema «Hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio» refleja los resultados del Movimiento ecuménico moderno. Decenios de oración común, de diálogo ecuménico y de testimonio común nos han conducido a comprender que por

varias razones, pero especialmente por razón del bautismo, los cristianos divididos ya compartimos una cierta, aunque imperfecta comunión (UR, n. 3). La *koinonía* es siempre un don recibido gratuitamente de Dios. Así podemos decir que nuestro camino a Santiago de Compostela, el tema «Hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio», está construido sobre una real, aunque imperfecta, comunión ya compartida.

Esto ha acontecido como un resultado de muchos momentos de lucha ecuménica para conseguir la reconciliación, especialmente durante el s. XX. Oración, diálogo, testimonio común han incluido tiempos de gracia que han unido más y más a los cristianos juntos en comunidad. Los jalones famosos que han ayudado a crear vínculos de comunión entre los cristianos son la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo, de 1910; las Conferencias Mundiales de Vida y Trabajo de Estocolmo, en 1925, de Fe y Constitución en Lausana, en 1927; la fundación del Consejo Ecuménico de las Iglesias en Amsterdam, en 1948; y el Concilio Vaticano II (1962-1965); han sido tiempos de gracia. Y toda gracia viene de Dios: «Todo don perfecto —como nos recuerda Santiago— viene de arriba del Padre de las luces...» (Sant 1,17).

El camino específico de Fe y Constitución desde Lausana (1927) hasta Santiago de Compostela (1993) ha estado marcado por sus propios tiempos de gracia. Mientras todos los auténticos aspectos y expresiones del Movimiento ecuménico son importantes, Fe y Constitución ha tenido especialmente la responsabilidad en vistas al objetivo de trabajar hacia la unidad visible, proporcionando a los cristianos divididos oportunidades de examinar juntos las dimensiones de la revelación de Dios que es el fundamento de la *koinonía*. La responsabilidad particular de Fe y Constitución es conservar en el movimiento ecuménico el propósito de la unidad. Su mandato, como el del Consejo Ecuménico de las Iglesias es:

«llamar a las iglesias al propósito de la unidad visible en una e y en una comunidad eucarística, expresada en el culto y en la vida común en Cristo, y avanzar hacia aquella unidad en orden a que el mundo crea» (CEI, *Constitución y Normas*, III).

En los últimos treinta años desde la cuarta Conferencia Mundial de Montreal en 1963, hemos dado testimonio de un floreciente Movimiento de Fe y Constitución y de un incremento del Movimiento ecuménico. Iglesias miembros del CEI, como iglesias no miembros, han tomado plenteamente

parte en el trabajo de Fe y Constitución, incluyendo, desde el año 1968, a miembros de la Iglesia Católica. Estudios importantes, como *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* han desafiado a las Iglesias en su respuesta, a examinar sus mentes y sus corazones en cuanto a la seriedad de su compromiso ecuménico. Otros estudios importantes como *Hacia la común expresión de la fe apostólica hoy* y *La unidad de la Iglesia y la renovación de la comunidad humana* son una aportación para la búsqueda de la unidad visible «en una fe y en una comunidad eucarística expresada en el culto y la vida común en Cristo».

Estos son importantes pasos ecuménicos hacia la *koinonía*, esfuerzos para responder a la gracia de Dios que nos llama a la unidad.

Compartimos también una herencia más profunda de gracia. Conocemos por la fe que participamos juntos en la historia de la salvación, en el viaje de bendición hacia Dios al cual Abrahán fue llamado hace mucho tiempo. Hoy nos lo recuerdan los textos de las Escrituras.

Dios llamó a Abrahán a salir de su tierra, de entre sus parientes y de la casa de su padre diciéndole: «Vete a la tierra que yo te indicaré» (Gn 12,1). Dios prometió a Abrahán «Yo haré de ti un gran pueblo» (v.2) y «por ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra» (v.3). En esta llamada y en esta promesa a Abrahán, en la cual todos nosotros participamos, vemos ya que la meta a la cual Dios nos llama es la *koinonía* con Dios, y dentro de un pueblo formado por Dios. Estos grandes acontecimientos salvíficos pueden ser localizados en sus vestigios a través del Antiguo Testamento, y alcanzan su punto culminante en los misterios salvíficos de Cristo, en el envío del Espíritu en Pentecostés y en la lluvia de dones sobre la Iglesia.

En el capítulo 12 de la Carta a los Romanos hay una reflexión sobre las dimensiones de la *koinonía* que caracteriza la comunidad de fe de los llamados todos juntos por Dios y también acerca de las gracias dadas por Dios: «Tenéos en mutua estima. No seáis perezosos para el esfuerzo; mantenéos pacientes en el espíritu y prontos para el servicio del Señor. Vivid alegres por la esperanza, sed pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Compartid las necesidades de los creyentes; practicad la hospitalidad» (Rom 12,10-13).

Nuestra llamada ecuménica actual «Hacia la *koinonía* en la fe, en la vida y en el testimonio», debemos considerarla como algo más que una respuesta a los resultados de recientes acuerdos o convergencias ecuménicas, o de recientes declaraciones de unidad. En su raíz debe ser vista como una renovada respuesta y expresión de fidelidad a la llamada salvífica de Dios a la *koinonía*/comunidad. Nuestros esfuerzos hacia la *koinonía* deben ser hoy un agradecido compromiso en la continuación del drama de la historia de la salvación, que está arraigada en la revelación de Dios.

UNA COMUN RESPONSABILIDAD

Los versículos 18-21 del capítulo 17 del evangelio de Juan son conocidos como un texto bíblico clásico en el Movimiento ecuménico. Quizás aun más fundamentales porque ellos revelan cómo la profunda gracia de Dios fluye a través de la historia. Ellos nos recuerdan cuán profundamente la llamada original de Dios y su promesa a la humanidad implica una propia participación de Dios con nosotros en la historia de la salvación. El corazón de la historia de la salvación es la *koinonía* con Dios. Jesús rezó por sus discípulos antes de morir «te pido que todos sean uno, Padre, lo mismo que Tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que Tú me has enviado» (Jn 17,21).

La oración de Jesús por sus discípulos nos da el alimento espiritual para nuestros esfuerzos ecuménicos. Pero también nos recuerda la gran carga que tenemos. Precisamente porque nosotros compartimos una común herencia de gracia, así también compartimos una gran responsabilidad de responder juntos a la oración del Señor por sus discípulos «que todos sean uno».

La gracia de Dios es siempre prioritaria. No habría resultados ecuménicos, si no fuese por la benevolencia de Dios que nos ayuda continuamente y gratuitamente para que demos pasos hacia adelante. Hemos venido juntos hoy para la oración y continuaremos con la oración y con el examen de las Escrituras durante esta Conferencia Mundial. Sabemos que nuestra esperanza por el éxito de la Conferencia depende de la gracia de Dios.

Pero sabemos también que tenemos que responder a la gracia de Dios y no ponerle obstáculos. Porque nuestro Señor rezó por la unidad de sus discípulos, así también debemos trabajar por la unidad de sus discípulos. Esto vuelve a recordarnos la necesidad de nuestra oración, de nuestra conversión de mente y corazón, de nuestra *metanoia*.

A través de los siglos los peregrinos han venido a Santiago de Compostela con espíritu de penitencia, devoción y oración. Creo que también nosotros hemos venido aquí con espíritu de *metanoia*, espíritu de arrepentimiento por la desunión que todavía existe. Confío que afrontaremos juntos nuestro trabajo en esta Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución con espíritu de gratitud y devoción a Dios cuya gracia ha inspirado el Movimiento ecuménico y nos conduce hacia la reconciliación. Espero que venimos con espíritu de generosidad y apertura de unos para otros, con obediencia al Espíritu Santo que nos guía «Hacia la *koinonía* en la fe, en la vida y en el testimonio».

Mons. RAMON TORRELLA I CASCANTE
Arzobispo Metropolitano de Tarragona
Ex-Vicepresidente del Secretariado para la
Promoción de la Unidad de los Cristianos
Presidente de la Comisión Episcopal Española
de Relaciones Interconfesionales